

Manuel Sauceverde

Invocación

Ciencia Ergo Sum, vol. 12, núm. 2, julio-octubre, 2005, pp. 221-222,

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10412218>



*Ciencia Ergo Sum*,

ISSN (Versión impresa): 1405-0269

[ciencia.ergosum@yahoo.com.mx](mailto:ciencia.ergosum@yahoo.com.mx)

Universidad Autónoma del Estado de México

México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

[www.redalyc.org](http://www.redalyc.org)

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



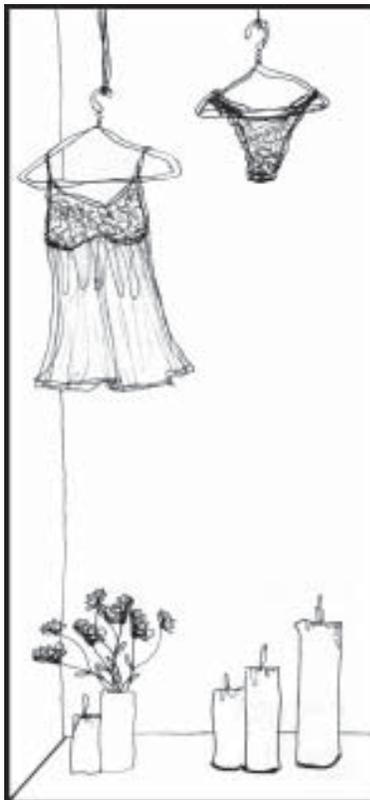
\* Goliardos.  
Correo electrónico: sauceverde@hotmail.com

# invocación

Manuel Sauceverde\*

*Cuando a tu marido lo encuentro dormido  
le arranco las piernas y me voy contigo.  
La bruja, canción popular.*

Para Joel, en el límite  
de las pesadillas.



Las dos brujas se desvistieron aprisa, eran alrededor de las tres de la mañana y todavía no consumaban el sortilegio. Si la ceremonia era retrasada más tiempo, no habría otra oportunidad de repetirla en treinta ciclos.

La demora residía en el cansancio, después del éxtasis de invocación incorporarse resultaba sumamente doloroso. Sin embargo, a pesar del frío nocturno y del hambre acumulada durante varias semanas, la bruja maestra, última sirvienta del Fuego Oscuro, balbuceó con debilidad las últimas palabras del ritual. Al mismo tiempo, la bruja novicia, una regordeta mujer de carnes plásticas, preparó a conciencia el último elixir de la liturgia. No podían darse por vencidas: era cuestión de minutos para que de las aguas del espejo, del portal al trasmundo recién abierto, brotara lo desconocido, lo que no tiene nombre y jamás duerme.

Lentamente, el cielo comenzó a despejarse. La lluvia ácida de los hornos centrales ya no representaba una amenaza; la luz de la luna llena iluminaba los antiguos monolitos del imperio, los bañaba con un albor extraño. Cuando la bruja maestra, muchos años atrás, descubrió aquellas ruinas, supo de inmediato que la fisura entre el mundo etéreo y el humano debía estar allí, en la primera ciudad en conocer la brutal espada del ejército invasor. La bruja novicia jamás prestó atención a las palabras de su señora. No le importaban los motivos de aquella liturgia ni de ninguna otra. Si participaba en el rito, era sólo para romper con su propia cotidianidad y conseguir algún beneficio a cambio.

El fuego de la hoguera divina, una flama oscura avivada con brasas de hielo y metal, amenazaba con extinguirse y, por desgracia, no podría volver a encenderse en muchos años. Antes que ello ocurriera, cada una de las brujas debía ofrendar a los infiernos un poco de su carne, era un requisito obligatorio que sellaría el pacto con el otro mundo; además, ello significaba el dominio de la magia y de las ignotas esencias que existen en la tierra y en otros planos.

Con un rápido movimiento, mecanizado por la práctica, cada una de las brujas se mutiló el dedo meñique de la mano izquierda. Los cortes fueron perfectos, nada que las obligara a gemir. De cualquier forma, habían borrado de su memoria sentimientos inútiles. Lentamente, el aceite manó de las heridas; para que las

hemorragias se detuvieran, cauterizaron sus laceraciones con las ascuas de la hoguera. A continuación, la bruja novicia decapitó una gallina y con la sangre dibujó un círculo de protección en el piso. Después, la bruja maestra trituró los meñiques biomecánicos en una vasija de barro negro y con el polvo obtenido, elaboró una pócima que mezclaba otros muchos ingredientes y el extraño elixir preparado anteriormente por su discípula. Antes de beberla, la ofreció a los cuatro puntos cardinales, a los trece dioses desterrados. Al término del rito, ambas mujeres gritaron al unísono uno de los versos del Códice Luciérnaga: ¡Reale xti' bíaque, raaca' beñe cubi!...<sup>1</sup>

Cierto, la bruja maestra desconocía el significado exacto de aquellas palabras; inclusive, gran parte de la ceremonia descrita en el pergamino había sido un ensayo teatral, la única guía entre su lengua y el dialecto prohibido fueron algunos verbos que supuso afines; además, por su rareza o completa inexistencia en aquellas regiones, se permutaron varios de los principales ingredientes del brebaje: lengua de serpiente emplumada por alambres de droid<sup>2</sup> verrugoso, huesos de xolescuinle por tornillos y tuercas oxidadas, piel de infanta por una nueva

aleación-membrana de moda entre los cyborgs. El único elemento original fue la gallina hábilmente robada de los laboratorios de clonación. En realidad, si no hubiese sido por los insólitos gemidos tras el umbral del espejo, la bruja maestra no hubiera estado segura que la ceremonia funcionase. Lo máximo a esperar sería elevarse unos pocos metros sobre las copas de los árboles, volverse invisible algunas semanas o, si todo resultara mal, sufrir una espantosa diarrea desatada por los brebajes ingeridos.

Inesperadamente, una ráfaga de aire y óxido consumió el fuego de la hoguera divina. Por algunos minutos todo permaneció en calma, sólo los latidos de los corazones desafiaban al silencio. Y cuanto más tiempo transcurría en calma, la fe de la bruja novicia se derrumbaba; pese a todo, el espíritu de la bruja maestra era inquebrantable. Entonces, un alarido estalló en la quietud de aquella tierra habitada por los últimos organismos biomecánicos; su estrépito fue tan enérgico que las brujas cubrieron sus oídos para no ensordecen. Del pórtico en el espejo, con lentitud de siglos, surgió al fin la fuerza proscrita que vengaría la memoria de los ancestros masacrados, el semillero de la

antigua raza. Sí, la invocación había sido un éxito: una nueva era se gestaba.

Para sorpresa de la bruja novicia, el ente fantástico era más desagradable de lo imaginado y su hedor indescriptible. Su cuerpo, quizás desnudo, no estaba provisto de alguna armadura metálica o plástica, como la de ella; su piel era cobriza pero no aparentaba estar hecha de ningún tipo de aleación conocida; ni siquiera parecía poseer algún tipo de arma destructiva, sólo el erguido apéndice en su entrepierna asemejaba un cuchillo, mas sin filo aparente. Total, una completa decepción.

Mientras tanto, la bruja maestra, sin perder de vista aquel miembro de inédito empleo, se acercó con cautela a donde el engendro, en su rostro se dibujaba lentamente una sonrisa de satisfacción y deseo.

-¡Pinche vieja! -exclamó la bruja novicia con dureza, aún no comprendía nada y tal vez nunca: ¿Qué chingados has traído al mundo?

-Un hombre -respondió la bruja maestra y con paciencia, se recostó en el suelo frente al demonio invocado y abrió sus muslos, los candados de la vida, dejando al descubierto su humana esencia de mujer: Un hombre de carne y hueso...

1. Renazco, me transformo en barro nuevo. Esteban Ríos Cruz, Bacuzagui.  
2. Androide: autómatas de figura humana o animal.

